

ARABIA.--ANTAR

O LA CIVILIZACION PASTORIL.

Año 600 despues de J. C., un siglo antes de Mahoma.

PRIMERA PARTE.

I.

La civilizacion tiene formas tan diversas como el pensamiento de Dios tiene planes diversos en la humanidad. La Providencia ha asignado á cada raza humana por los sitios donde la ha hecho nacer y los instintos que le ha dado, un papel que no es en el fondo ni superior, ni inferior, sino solo diferente en la vida del mundo. Entre esas razas humanas, unas son sedentarias por inclinacion, edifican ciudades y cultivan los campos alrededor de estas ciudades. Distribuida la tierra en lotes desiguales entre las familias, cercada de muros ó de fosos, se trasmite á ellas hereditariamente de padres á hijos: esas poblaciones viven de las cosechas que su tr. bajo hace producir á su patrimonio.

Las demas viven del comercio, es decir, del beneficio que recogen, no cultivando ellas mismas, sino trasportando y cambiando los pro-

ductos de una comarca por los productos de otra; comprando á estas sus sobrantes y vendiendo á aquellas lo que les falta, y haciendo de esta suerte el tráfico pequeño ó grande de todo lo que tiene valor sobre el globo.

Algunas de estas razas son por naturaleza y por situacion geográfica, manufactureras, obreras, fabricantes de todos los útiles ó de todos los objetos de necesidad y de lujo que sirven á las necesidades y á los placeres de la especie humana. Ellas abren minas, arrancan de ellas el hierro, el cobre, todos los metales, y en seguida los forjan y trabajan para el uso de los oficios. Tejen las lanas, los cáñamos y las sedas; hacen con ellas telas para el vestido del pobre y del rico. De este modo estas razas obreras fabrican el mobiliario del género humano.

Otras viven de la mar; habitan por decirlo asi el Océano; se hacen llevar por sus olas y servir por sus vientos; pescan, navegan de costa en costa; construyen palacios flotantes y tripulan escuadras; disputan á las demas naciones marítimas las olas del mar, como los pueblos agricultores se disputan los llanos y los valles de la tierra. Forman establecimientos lejanos sobre playas desconocidas, y arrojan sus colonias como enjambres por toda la tierra. Nacidas sobre las orillas del mar ó en las islas su instinto viagero y de aventura los impele invenciblemente á lanzarse siempre mas lejos en el espacio. Estos son los pueblos que descubren los nuevos continentes y los pueblan.

Los labradores siembran el trigo; los navegantes son los sembradores de hombres.

En fin, hay razas primitivas á las que un amor irresistible de movimiento, de variedad y de libertad impide domiciliarse nunca sobre la tierra; para estas razas, toda casa es una prision; creeria abdicar algo de su independencia fijándose dentro de murallas ó en los campos alrededor de un foco inmóvil. Ellas ven con desprecio, lástima y horror esas ciudades, cloacas impuras donde el hombre disputa el espacio y despues el sol al hombre; huyen de ellas como de lazos que la servidumbre tiehde á su libertad; tienen ganados por toda riqueza, porque estos ganados, libres y errantes como ellas, mudan de sitio como ellas tambien á su menor capricho, y trasportan al través de la inmensidad del desierto, según las estaciones, los climas, las aguas y los pastos, los simples tesoros y las habitaciones móviles de aquellas razas. Estos son los que se llaman pueblos pastores, la civilización pastoril.

Esta civilización tiene por divisa una tienda en lugar de una casa; de esta sola diferencia en los dos modos de habitación de los pueblos, la casa ó la tienda, nacen las diferencias orgánicas innumerables en sus costumbres. Con la casa, el hombre se arraiga, por decirlo así, como la planta en el suelo. Gana en seguridad, en policía, en número, en patria, en luces y en gobierno; pero pierde en libertad. Todo pueblo domiciliado abdica por el hecho mismo de su domicilio fijo esa facultad de moverse y trasladarse de un punto á otro voluntaria é indefinidamente que hace de los pueblos nómadas y pastores los reyes del espacio, los poseedores de los climas, de las montañas, de los llanos y de los ríos, dominio ilimitado de su peregrinación. La tiranía se establece fácilmente entre los pueblos domiciliados en las ciudades; la conquista los esclaviza más fácilmente también con su patria. Sus templos, sus palacios, sus ciudades y sus casas, su mobiliario, sus posesiones fertilizadas de padre á hijo por el cultivo, sus artes y su lujo son otras tantas prendas que dan á la parte del globo que habitan. No pueden llevarlas consigo en los malos días, y cuando el tirano ó el conquistador les dicen con la espada ó la antorcha en la mano: «Servid ó perderéis vuestras moradas, vuestros campos y vuestras riquezas!» Pierden su independencia por conservar los hogares de sus padres y de sus hijos!

Por el contrario, entre los pueblos que habitan la tienda no pueden establecerse la tiranía, ni la conquista. La patria es vasta como el espacio; el hombre la lleva á todas partes donde planta su pabellón. Conquistada aquí, se la vuelve á encontrar más allá, y en cuanto á la tiranía interior, no es de temer jamás en un modo de civilización que permite á todo hombre ofendido en su libertad ó en su dignidad levantar su tienda, su familia y su riqueza é ir á otra tribu á buscar una dominación más dul-

ce y un jefe menos absoluto. Así, pues, aunque la autoridad del padre de familia sea la soberanía natural de cada tienda, el despotismo y la dictadura absoluta son desconocidas entre los pueblos pastores. Estos pueblos tienen jefes, pero no señores. Todo se hace entre ellos de común acuerdo y despues de deliberaciones públicas. Las ciudades son generalmente monárquicas, el desierto es siempre republicano.

III.

Estos pueblos viviendo bajo la tienda, casi desconocidos de la Europa, ocupan hoy todavía y ocuparán probablemente siempre los más vastos espacios de la América y del Asia; la Tartaria, la Mogolia y los desiertos del África interior. Este es el incommensurable dominio que recorren desde el principio de los siglos. Algunas ciudades se han levantado y se levantan de vez en cuando sobre las orillas de los desiertos recorridos por esos pueblos, ó en medio de su soledad, como el Cairo en Egipto, Palmira en Mesopotamia, Balbek en Siria, Samarcanda y las grandes ciudades de la Tartaria y los llanos á los pies del Thibet. Mas estas ciudades, como cabos avanzados de una civilización que rechaza la naturaleza de esas razas nómadas, no son más que magníficos depósitos de comercio, puntos de reunión de las caravanas, ferias lejanas construidas perpetuamente en las fronteras de las razas pastoriles para comprar las lanas de sus rebaños y venderles los pocos objetos manufacturados que necesitan. Batidas incesantemente por la ola de las tribus errantes y circunserilas por el desierto, esas capitales frecuentemente conquistadas y anonadadas pronto por las escursiones de los nómadas no dejan sobre el suelo sino espléndidos restos, como Tebas, Heliópolis, Palmira, Babilonia, Persépolis y Utica; ruinas enigmáticas, el viajero que las contempla, se admira de que tanta grandeza haya podido salir del desierto y desplomarse en la arena. Las poblaciones sedentarias de esos hormigueros de tribus se han agotado, y la población pastoril planta todavía sus tiendas en el sitio donde estuvieron esos imperios. El camello, que es al reino animal lo que el ciprés al reino vegetal, un signo de duelo y de eternidad, padece el cambrón y el cardo entre las columnas derribadas de Balbek y de Palmira.

No queremos hablar aquí sino de los pueblos pastores que nos tocan de más cerca por el Asia Menor; estos han visto pasar á su alrededor los medos, los persas, los egipcios, los romanos y los cruzados de Europa sin ser arrastrados ni en la corriente de esas civilizaciones diversas, ni en el derrumbamiento sucesivo de esos imperios. Estas tribus han procreado á Mahoma, el restaurador de la unidad de Dios en la cuarta parte del globo; han sido las

primeras en colocarse bajo su ley moral, la han seguido en sus cruzadas contra la idolatría, y despues de haber conquistado todas las capitales del Oriente y de las Indias á la religión del Profeta, han recuperado pacíficamente su vida pastoril y su campamento eterno en sus soledades. Estos son los pastores y algunas veces los guerreros de las tres Arabias.

IV.

La rabia, dividida en la antigüedad en tres regiones, Arabia Feliz, Arabia Petrea y Arabia Desierta, ocupa en el globo ese inmenso espacio que se estiende desde el Egipto y la Siria entre las montañas del Libano y de la Palestina, el mar Rojo y el Océano Indico. Damasco y Bagdad son hoy las dos grandes capitales que avanzan más lejos en ese dominio ilimitado de los árabes pastores y tienen más contacto con La Meca, esa metrópoli del islamismo; Medina, sepulcro del profeta, y Djidda, principal puerto de la Arabia, levantan aquí y allí sus ciudades santas pobladas de árabes sedentarios á grandes distancias unas de otras, en medio de aquellas comarcas abandonadas al Arabe errante. A escepcion de las cercanías de esas ciudades y de algunas oasis en el Yemen, parte cultivada de la Arabia Feliz, el desierto se estiende sobre todo lo demás. En los cuarenta días de marcha entre Damasco y Bagdad, como en los sesenta entre Bagdad y Medina, las caravanas no encuentran otra habitación que tiendas, ni otra vegetación que la yerba espinosa y rara que ensangrienta los labios del camello.

V.

Este desierto que yo mismo he recorrido en los llanos de que Damasco parece ribera, y en los valles arenosos que se estienden entre el Libano y el Anti-Libano, presenta médanos que andulan como olas de Jerusalen al Egipto, inspirando á los sentidos y al alma la misma idea de lo infinito que el Océano. Es en efecto un océano inmóvil; pero que como el otro parece no tener más orilla que el horizonte. A medida que se hunde en él el viajero, las cimas de las montañas del Taurus y del Libano disminuyen á la vista y acaban por abatirse y desaparecer completamente debajo de la bruma. No tiene ya más límite que el firmamento; marcha alternativamente por un suelo desnudo y pedregoso que resnena, como si estuviese hueco, bajo los pasos de la caravana; algunas veces sobre una tierra blanda de donde salen tallos de yer-

ba empolvada y cebollas de coloquintida; más comunmente sobre una arena fina, ceruida eternamente por el viento, y que forma colinas móviles y valles profundos al través de los cuales busca el camellero su camino de mil circuitos.

Cuando el camino está enteramente cerrado por uno de esos bancos de arena, la caravana tiene que subirlos, y de repente se ve al primer camello de la comitiva asomar sobre la cumbre de una de esas colinas movedizas, como un buque oculto á la vista por la altura de las olas que se presenta sobre una colina de espuma, y que desaparece al volver á bajar en un mar profundo.

De tiempo en tiempo, á distancias de un sol á otro y á veces de cuatro días de marcha, se encuentra un pozo ó una cisterna, señaladas á lo lejos á la vista por algunos juncos que forman una mancha verde sobre el fondo amarillento del terreno, ó por un vasto sicomoro cuyas raíces descarnadas y negruzcas conservan la huella del fuego de los pastores y de las caravanas.

VI.

Ordinariamente se acampa en las inmediaciones de estos pozos. El viajero tiene que esperar con paciencia que los caballos, los camellos, las cabras y las ovejas cansadas del camino, ó que vuelven por la tarde de los pastos, se abren lentamente en las gamellas llenadas sin cesar por los cubos de cuero que sacan y vierten continuamente los esclavos negros medio desnudos. Se arman y colocan las tiendas, las mugeres y los niños se dispersan para espigar y rebuscar los tallos muertos de los arbustos ó los estiércoles secos de los camellos, únicos combustibles que van á encender el fuego de la noche. Otros se ocupan en moler los granos de doura ó de trigo entre dos piedras para amasar el pan. Los esclavos desatan la bolsa de cuero que cubre durante el día el pezon de las camellas para impedir que mamen los camellos pequeños, y llevan á la tienda vasos llenos de leche; con el sobrante que queda despues de satisfacer las necesidades de la familia dan de beber á los caballos, en seguida entregan las camellas á sus hijuelos.

Durante estos descansos, los ociosos que desprecian toda ocupación que no sea la guerra y la caza, se agrupan en círculo en la tienda del chaique. Fuman indolentemente sus narghilés, conversando sobre los negocios de la tribu. Los oradores dotados de esa elocuencia natural y ejercitada que la discusión libre produce aun entre las tribus nómadas, hablan alternativamente, unos con gravedad sentenciosa y monótona y otros con su voz gutural, con actitudes y gestos que respiran tanta pasión para decidir el camino que ha de tomar una

tribu en la arena, como para disputarse el gobierno de un imperio. Cualquiera que sea el valor de un guerrero, jamás puede ejercer una influencia dominadora en su campo, si no está dotado por la naturaleza del don de la elocuencia. El árabe pastor no estima el valor si no lo dirige la inteligencia, y solo se fia de aquellos que considera superiores á él por el espíritu como por el brazo: resiste á la fuerza, jamás á la persuasión

VI.

La poesía es honrada en el desierto tanto como la elocuencia. Pueblo á la vez guerrero, arengador y de imaginación viva, el árabe no exalta jamás sobre todos sus grandes hombres, vivos ó muertos, sino aquellos de sus hermanos que fueron á un tiempo oradores en el consejo, héroes en la pelea y cantores ó narradores en los ócios de la paz. Sus mismos juegos manifiestan esta pasión del árabe errante por la poesía asociada á la música. Un instrumento de cuerdas, parecido á una guitarra rústica, resuena generalmente por las noches bajo sus dedos, acompaña sus versos, sostiene sus narraciones y marca el compás á sus mugeres é hijas en las danzas nocturnas y misteriosas que sirven de espectáculo á sus tribus. Estas danzas, poéticas y musicales, llamadas *lazimen*, llevan el sello á la vez poético, contenido y apasionado de aquellos pueblos. Llenas de pudor cubrenlas el velo y la sombra de la noche. La presencia de toda la tribu y la distancia siempre severamente conservada entre los dos sexos dan á estas fiestas un carácter de reserva y de gravedad que parece santificar el amor provocando y refrenando á la vez el delirio de la juventud.

A una hora avanzada de la noche, hora convenida de antemano entre las familias de una misma tribu, las mugeres y las hijas se colocan detras de sus tiendas, y cantan en coro una invitación á los hombres para que asistan á sus danzas. Los jóvenes salen al oír esta voz; colócanse en una sola línea, como espectadores enfrente de la línea de las bailadoras dejando entre unos y otras un espacio suficiente para las evoluciones de la danza. Cuando de este modo se hallan colocados los dos coros frente á frente, no lejos de las tiendas, bajo un cielo alumbrado solamente por las estrellas, un joven improvisa un canto guerrero, lírico ó apasionado sobre un aire lento y melancólico. Repite muchas veces el mismo verso, y sus compañeros á su vez repiten la última palabra como un estribillo. Despues el cantor continúa su himno, repitiendo la rima que termina el verso y acompaña su poesía con actitudes y gestos expresivos, que asocian el cuerpo al pensamiento ó al sentimiento de sus estrofas. Estos gestos

y actitudes son imitados por los hombres de su tribu que le escuchan.

A estas voces y actitudes cadenciosas de los hombres, dos ó tres doncellas salen del grupo de mugeres medio tapadas con un velo azul, cuyas puntas levantadas por sus brazos vuelven á caer sobre sus pies desnudos; avanzan muellemente hácia el espacio libre, siguiendo el ritmo hasta dos ó tres pasos de la línea de los jóvenes; estos, exaltados por la música, la poesía, la admiración y el misterio, aplauden con entusiasmo al pasar las bailarinas delante de ellos, animándolas con cariñosas aclamaciones tomadas del vocabulario pastoril con que acarician á los tiernos camellos.

Algunos inflamados por el delirio de la admiración, ó conociendo al través del velo la desposada que codician desde su infancia, se quitan sus turbantes blancos de la cabeza, los desplagan y estienden á algunos pasos de ellos sobre la arena, para que sirvan de alfombra á los pies de la bailarina. Si la joven logra levantarle diestramente del suelo con el dedo pulgar del pie y lanzarlo á su espalda al sitio donde están las mugeres, estalla una salva de gritos y de aplausos; el turbante, el chal, los collares, las joyas que los hombres arrojan entonces como á porfía en medio del corro, pertenecen á la bailadora, y al día siguiente es preciso rescatarlos haciendo un regalo á su familia.

Luego que se retira una bailarina, le reemplaza otra; la música, la poesía y el entusiasmo de los espectadores continúan provocando la danza de las mugeres hasta las últimas horas de la noche. Fácil es concebir todo el prestigio que debe dar á estas fiestas de la soledad la triple embriaguez de los versos, de la música y del baile bajo la media luz de aquellas noches embalsamadas que no dejan entrever sino esos fantasmas velados en que cada uno cree adivinar la esposa futura de sus sueños. La mas religiosa decencia se mezcla con la ilusión mas embriagadora. Los poetas cantan las alabanzas de Dios y la oración consagra hasta el placer. Estas fiestas nocturnas á que se convidan desde lejos los campamentos dispersados en el mismo desierto, se llaman bajo las tiendas el *mazamen* ó el *canto de los salmos*.

VII.

La tienda misma, esa casa del árabe errante, es una especie de institución religiosa, civil y uniforme en su construcción. La tradición ha fijado, medido, nombrado y consagrado todas sus partes; ningún capricho arbitrario ha modificado en tantos siglos la menos distribución: hogar de lienzo y de madera, cuyas dimensiones ha determinado la fuerza del camello que lo transporta.

Este palacio del rico y del pobre se levanta y se quita en todo el desierto bajo el mismo plano. Cada pieza de su armadura ó cada paño de su cubierta tiene su nombre, su sitio, su uso y corte invariablemente asignados en la construcción. No hay mas que una arquitectura para ese pedazo de lienzo como para el Partenon. Los árabes le llaman la *Casa*. Los paños que la sostienen se llaman *columnas*; hay nueve, tres en el centro y tres á cada lado. Estas nueve columnas forman tres naves, separadas por tapices de fieltro, y destinadas á usos diferentes. El tejido de pelo de cabra negro que cubre estas columnas y que descansa sobre un palo transversal adaptado sobre las columnas de enmedio, se llama el *techo*. Está forrado de una tela mas fuerte, impermeable á la lluvia. La nave de enmedio de la tienda es la sala comun, destinada para recibir á los huéspedes; la de la izquierda es la habitación de los hombres y la de la derecha está reservada á las mugeres. Multitud de cordones de pelo de camello están atados á las diferentes cortinas desde el remate de la tienda, y estiradas desde allí con fuerza, como los cables de un mástil, vienen á amarrarse en unas argollas de hierro fijadas en estacas clavadas fuera en la tierra para asegurar contra los vientos la solidez del edificio. Segun la estación y la hora, se baja ó levanta el pedazo de tela llamado *rouhok*, que cierra ó abre el fondo de la tienda. La cortina de lana blanca que separa el departamento de las mugeres ó el harem del centro de la habitación, está bordada de flores de colores. El suelo está cubierto de esterillas sobre las cuales se estienden ricas alfombras de Bagdad, un monton de sacos, sillas de montar, albardas de camellos, provisiones y armas se eleva en pirámide al rededor de la columna de enmedio. El esclavo y el perro tienen su lugar asignado al pie de la columna del vestíbulo. Un ligero pedazo de lienzo añadido al de la tienda y flotando al viento, los cubre apenas contra la intemperie de las estaciones como un cobertizo; este es el sitio servil, el refugio del mendigo.

Este edificio se pone y quita en pocos instantes, segun la riqueza del amo y el número de los individuos de la familia ó de los esclavos, cuando la tribu muda de lugar. Una hilera de camellos mas ó menos larga, mas ó menos cargada de columnas, telas, sacos, mueblaje, y provisiones de la casa levantada; los hombres montan á caballo y las mugeres y los niños van sobre los camellos. Una especie de trono ancho y chato se estiende en plataforma encima de las albardas de estos animales y sirve de asiento de honor á las esposas y á las hijas de los chaiques. Esta silla, cubierta de badana encarnada y de tapetes brillantes es el orgullo de las mugeres. Adornan al camello negro que ellas prefieren con mantillas y girones de telas de diversos colores, cuyas franjas llegan al suelo y se columpian al viento.

El cabestro que sirve de brida al animal está adornado de abalorios y plumas de avestruz. Del cuello de las camellas cuelgan campanillas para llamar ó retener á su lado á sus hijuelos. Los hombres galopan á la vanguardia ó á los costados de la caravana, exploran el desierto, vigilan los ganados que van marchando y sondean con mirada penetrante el horizonte. La familia, y algunas veces toda la tribu, compuesta generalmente de quince ó veinte tiendas, avanza así hácia nuevos pozos ó hácia nuevos pastos, y vuelve á encontrar su patria uniforme donde quiera que el chaique y los ancianos de la tribu dan la señal de descargar los camellos y levantar las tiendas

VIII.

Estos navegantes eternos del mar de arena han contraído en fuerza de las mismas costumbres, por la contemplación de las mismas escenas, por la habitación de los mismos sitios, un carácter análogo al carácter del desierto; religioso como lo infinito que le rodea, libres como el espacio que tienen abierto; vagabundos como el caballo, el camello y el ganado que los lleva ó los sigue; hospitalarios como la tienda abierta al viajero extraviado en aquellas soledades; intrépidos como el hombre que no debe su seguridad sino á su propio brazo y que tiene que defender incesantemente á su muger, sus hijos, su agua y su pasto contra las incursiones repentinas de otros nómadas; silenciosos habitualmente como la soledad, habladores algunas veces como el hombre que encuentra al hombre y se apresura á decirlo y saberlo todo en una conversación rápida; contempladores y poéticos como las noches, los días, los astros y los horizontes que tienen delante de los ojos; narradores y cuentistas en fin como las largas horas ociosas que es preciso llenar con relaciones y maravillas bajo la tienda ó alrededor de los pozos para abreviar la duración del tiempo.

El que no ha visto ponerse el sol en una bruma de hornaza roja, reflejada por la arena en los límites de un horizonte de la Mesopotamia ó de la Caldea; el que no ha visto las constelaciones levantarse é inclinarse lentamente durante las noches de estío en aquel océano de ether azul mas profundo que el pensamiento que en él se somerge, y mas trasparente que la mar á la sombra de un cabo que la impide moverse y arrugarse; el que no ha oído los alientos intermitentes del viento mal adormido del desierto zumbon, filtrado en el oído por los médanos de arena y por las brizas de yerba; el que al despertar no ha sumergido las miradas en el espacio sin límites cuyo horizonte se pierde en Dios; el que no ha contem-